

Cartas a Mis Pacientes



Ilustración: José Luis Alcover Lillo.

M. Gloria Alcover Lillo*

La Intención Terapéutica Biopatográfica

*La autora es médico cirujano por la Universidad Complutense de Madrid (España), con especialidad en Ginecología y Obstetricia; además, tiene la especialidad en Homeopatía por la Escuela de Posgrado de Homeopatía de México, A.C., y es miembro de honor de la Universidad de Sevilla, la Academia Médico Homeopática de Barcelona, la Escuela Médico Homeopática Rumana, la Escuela Médico Homeopática Ecuatoriana, la Escuela Médico Homeopática de Bogotá y el Instituto G. Páez de Bogotá.

¿Qué es ese “algo más” que ve el médico homeópata cuando conversa, observa y escucha a su paciente?

Queridos todos:

Como respuesta a la pregunta que me han hecho algunos de mis pacientes, acerca de la relación que existe entre los síntomas del cuerpo, el carácter, la propia vida, la conducta y la propia historia vistos desde el conocimiento y el saber de un médico homeópata, a través de lo que aparentemente es sólo una charla amistosa con su terapeuta, quisiera especificar varios puntos.

Tras el encuentro con un médico homeópata clásico, algunos pacientes me han dicho:

“Es difícil saber y catalogar qué ha pasado y qué sigue pasando. Después de haber conversado con naturalidad un tiempo indeterminado, se hace difícil definir lo que ya ha ocurrido. No se puede considerar un encuentro de psicoterapia, no se puede considerar una charla casual o banal y no se puede considerar al mismo tiempo algo sin sentido ni importancia. Yo siento y sé que ha pasado algo más... No sé decir si ha sido una conversación. ¿Ha sido una confesión? No sé qué clase de comunión inesperada, de sentir que en el sufrimiento se está ‘junto’ a otro y compartiendo con otro. Siempre tengo la sensación de que, para ti, como paciente, sólo existo yo”.

El paciente siente que ha tenido una experiencia de reintegración, de totalidad y de coherencia sincera, porque no sólo se le ha permitido hablar de lo que le duele, sino porque se siente impulsado a reconstruir su biopatografía: es decir, **la historia de su vida de dolor**, con coherencia, libertad, espontaneidad y suave reconocimiento de “su realidad”. Quizá lo que siempre ha pensado que debía ser. Lo normal es que esta conversación sobre la vida entre un paciente y su médico homeópata no sólo sea percibida por el primero como una charla agradable y una exploración médica de su cuerpo y de su alma. Siente que ha sucedido algo más. Y, quizá por eso, me han pedido que revele qué es ese “algo más”.

La premisa obligatoria es que el médico homeópata, a través de su relación con el paciente, encuentre y defina con **claridad, exactitud y precisión**, de acuerdo a los principios clásicos de lógica y epistemología, lo que realmente **es necesario y digno de curar en cada paciente en particular en cada momento** en que se presenta a la consulta.

Un encuentro completo y satisfactorio, es decir, un acto terapéutico completo, tiene dos fases que se cumplen simultáneamente a través de la conversación con el médico homeópata.

Una fase es el **momento médico**, el momento del arte, el momento de empatía y unión de dos personas diversas que se reconocen de “alma a alma”, simpatizando. Es el momento en el que el médico homeópata se concentra todo él en identificar, a través del diálogo, cuál es el conflicto existencial del paciente que bloquea y crea la dificultad para vivir, realizarse y sentir la felicidad que le pertenece. Es un momento donde el centro es el sujeto y por eso se

dice que es fundamentalmente **subjetivo**, es decir, que es susceptible de interpretación.

Esta observación es una fase obligada dentro de las ciencias fácticas de la antropología médica y de la realidad constitutiva de la totalidad de un ser viviente que tiene por natural característica la necesidad y la posibilidad de la expresión de su identidad, es decir, de dar **razón de sí mismo**.

Otra fase es el **momento prescriptivo**. Es un momento técnico, práctico, concreto y metódico, donde la conversación, la confesión y la comunión se concretizan. Se manifiesta, física y moralmente, se hace visible y por tanto se puede observar y demostrar a todos. Por eso se llama **objetivo**. Es decir, se observa y es evidente; pasa por los ojos sin necesidad de explicación y sin interpretaciones.

Para un médico y para toda persona que sabe observar, es tan evidente una úlcera sangrante como una depresión suicida. Para sostener todo lo que digo basta recordar los innumerables tratados que existen sobre el lenguaje del ser humano, tanto verbal como no verbal, en todo lo relativo al carácter según las diversas tipologías o tipos de estructuras de nosotros, los seres humanos.

Este es el momento terapéutico magnífico de la aplicación del método científico hahnemanniano, a través del cual se llega a la identificación clara, exacta y precisa de lo que se debe curar de la totalidad del paciente: el **cuándo, cómo, en qué forma y de qué manera**, para que se cumpla el ideal de la curación: **la restitución posible de su salud total, en forma suave, veloz y permanente, con el mínimo de esfuerzo, el máximo de respuesta y el mínimo de daño posible**, como hace la misma Naturaleza (parágrafo 2 del *Organon* de Hahnemann).

Tras esto, se llega al momento prescriptivo. Es decir, a la elección de lo que es necesario según la llamada **intención terapéutica biopatográfica**. Es decir, la elección del remedio adecuado en ese momento considerando la totalidad de la información de lo que nos ha contado el paciente: la biografía de su sufrimiento, su existencia según la manifestación de todos sus síntomas y la identificación de su posibilidad curativa, a través de la comprensión de la vida y la historia del paciente en modo suficiente y necesario.

Suficiente, porque cuanto hemos descubierto y evidenciado nos basta para haber comprendido lo que necesita. **Necesario**, porque es la realidad ob-

jetiva y subjetiva imprescindible para saber lo que se tiene que hacer y fundamentar el criterio para operar, si se tiene que operar; usar un medio, en vez de un remedio, e incluso determinar el consejo higiénico saludable. Tanto es así, que si no se comprende todo eso no se puede comprender qué es y cómo se debe curar verdaderamente para restituirle la salud que le pertenece.

Hecho esto, ¿qué es ese **algo más** que sucede y debe suceder?

Caso clínico breve. Observación y narración espontánea

Paciente: mujer de 55 años que viene a consulta por un absceso dental. El tratamiento convencional sería, como saben ustedes, dar antibióticos y antiinflamatorios haya cierta mejoría y se pueda limpiar la zona y si es oportuno, preparar a la paciente para la extracción del diente. Todo lo escrito anteriormente permitirá la comprensión de los datos claros, exactos y precisos de su totalidad.

Los abscesos surgen cada vez que se encoleriza y se llena de **rabia silenciosa y reprimida**. Desde hace años su vida afectiva es complicada y lucha por encajar en la realidad sin poder resolverse.

El absceso tiene varias características. Siene que viene después de apretar fuerte los dientes durante unos días; frecuentemente, los caninos del lado izquierdo (lado de los sentimientos). No supura, sino que nace en la raíz y se desplaza hacia la cara, en el maxilar superior. Muy doloroso, pero lento y duro. Tarda mucho en resolverse y tiende a repetirse fácilmente. Deseo de calor local en la parte (mejilla, maxilar superior) y muy sensible al frío.

Este conjunto de síntomas llama a prescribir un remedio casi sin confusión: **Hepar sulphuris calcareum** 30CH. Comienza a tomar 3 glóbulos cada 3 horas, espaciando la toma en el momento que se abra y empiece a resolverse. Como vemos es un cuadro claro y exacto. Los síntomas son predominantes, peculiares y no hay síntomas singulares o raros. En fin, puede suponerse que se trata de un absceso recidivante.

Mientras la paciente toma el remedio, comienzan a tener sueños particulares. Sueña cosas de peligro que no recuerda bien. Al día siguiente, el absceso se

empieza a conformar, duele muchísimo, pero esta lentamente haciendo una punta de supuración. La paciente de todas formas resiste bien, pero siente una rabia intensa, una cólera que contiene, pero le vienen ganas de pegar, de descargarse violentamente hacia algo; tirar cosas, apretar fuerte los dientes como masticando; con fuertes deseos de morder (no obstante el absceso) porque dicha acción le provoca alivio.

El absceso supura esa noche, pero no completamente. El **Hepar** no hace más efecto y el cuadro ha cambiado. La paciente empieza a recordar espontáneamente los muchos momentos de su vida donde, como ahora, ha tenido que suprimir sus profundos sentimientos de amor y del amor que le pertenecía... hasta llegar al primer momento importante de su vida, es decir: “a la raíz”, como los abscesos. Algo que se le reveló sin pensar, espontáneamente.

Fue cuando su madre tomó la decisión de separar para siempre a su padre de la casa y naturalmente de ella: un hecho tan violento, contundente e irreversible que ocurrió mientras ella tenía apenas 6 meses, pero que sufrió después toda la vida sin poder contestar ni protestar ni corregir. Dice: “Allí aprendí a apretar los dientes y callarme sin poder chistar”, acumulando sólo lágrimas y rabia; hoy me suceden muchas cosas parecidas y reacciono igual, sin darlo a conocer, como con mi madre”.

Como se puede observar, se trata de una situación antigua de sentimientos bloqueados **desde la raíz** que no se libera y que se hace dura, crónica, pastosa... como su absceso. Dicho esto, cualquier persona ve el cambio y cualquier homeópata clásico ve el giro de los síntomas hacia otro remedio diverso del **Hepar**: el Delfinillo (**Delphinium staphisagria**).

Lo que se hace evidente a todos es que el paciente —a través del efecto benéfico del remedio homeopático elegido por los síntomas—, **se ha dado cuenta**. Los síntomas del absceso bien tratado le han hecho tomar conciencia de una cosa fundamental y verdaderamente intrínseca del sufrimiento de su vida, de su biopatografía, que se ha repetido en los últimos 15 días.

La paciente comprende, asimismo, porque el absceso (en representación de ella misma) es tan duro, lento, pastoso... y naturalmente le sobreviene una paciencia existencial para esperar su resolución y, además, colaborar con la curación escribiendo y diciendo a las personas que le han provocado el conflicto ciertas cosas necesarias.

Se da **Staphisagria** XMK, 3gr una sola vez, por ser tan tórpido y antiguo el problema. Al día siguiente el absceso empieza a supurar lenta, pero progresivamente. La paciente está mucho mejor. Siente, dice, “liberación, serenidad”. Se siente fuerte frente a los conflictos por resolver. “Me han venido las ideas justas. Sé qué tengo y quiero hacer. Siento una buena y sana distancia y serenidad. No siento apenas dolor. Respecto al pasado... siento silencio, pena. Estoy reflexiva”.

En fin, a través de un absceso recidivante su vida ha cambiado en el sentido de ese **algo más** que ha dado el remedio por su acción similar. Ha liberado la manifestación de los síntomas que natural y espontáneamente ha mostrado la paciente. Ninguna conversación hubiera llevado a una respuesta tan veloz, libre, clara, exacta y precisa como han hecho los remedios, uno detrás de otro, respetando el *Vís Medicatrix Natura*, es decir, la fuerza curativa de la Naturaleza.

Si se hubieran dado antibióticos, antiinflamatorios, etcétera, este proceso de liberación tan importante y tan **significativo** de la vida de la paciente con la curación respectiva se hubiera suprimido y no se podría haber verificado. Todo se habría vuelto más y más recidivante y pastoso.

Ese **algo más** del médico homeópata clásico es el saber ver, saber leer, saber interpretar y **saber aplicar** el conocimiento experimental revelado científicamente (y por tanto siempre repetible) de la experimentación pura en el hombre sano realizado por Samuel Hahnemann, que ha sido la base de todo el conocimiento doctrinario y metódico de la Homeopatía clásica.

Todo este conjunto se concretiza en algo aparentemente simple: la prescripción, pero una prescripción fundamentalmente distinta a lo que se está acostumbrado. Se concretiza en saber prescribir el remedio más semejante a la necesidad expuesta en la biopatografía del paciente, con sus síntomas característicos.

Es decir, saber reconocer y prescribir el llamado *similimum*. Éste, por sí mismo, abrirá el misterio del proceso curativo connatural al ser viviente, con todo lo necesario para alcanzar su esplendor.

Un abrazo afectuoso a todos, como siempre.